

INAUGURACIÓN DE LOS XXV AÑOS DEL ITER

HOMILÍA DE LA EUCARISTÍA INAUGURAL DEL CURSO 2003-3004

*Monseñor Nicolás Bermúdez,
Administrador Apostólico de la Arquidiócesis de Caracas*

Nos hemos reunido como comunidad eucarística para dar comienzo una vez más a las actividades académicas del nuevo año y ponernos en camino con renovada conciencia de que se trata de responder como persona, como comunidades religiosas, como ITER a las exigencias de la Iglesia que camina en Venezuela.

Nuestro encuentro este año tiene una significación particular: el ITER cumple 25 años de vida y de servicio a la Iglesia. Es una fecha propicia para dar gracias a Señor porque se ha hecho presente entre nosotros en la historia del ITER, a través de profesores, alumnos y de cuantos han hecho posible el nacimiento y desarrollo del Instituto.

Es una fecha propicia para **reafirmar nuestra opción de identidad** en el desarrollo de la historia de la Iglesia en Venezuela, donde la Vida Consagrada tiene una tarea y una misión como don del Espíritu para su crecimiento y perfeccionamiento. El ITER nace como una respuesta a una necesidad de acompañamiento en la formación teológica-pastoral de los miembros de la Congregaciones Religiosas.

Un primer paso de identidad se realizó cuando en 1975 el Padre Echeverría, por entonces superior provincial de la Compañía de Jesús y presidente de CONVER, convocó a algunos superiores mayores en la casa provincial de Santa Tecla para pulsar la opinión en relación con la creación de una instituto de formación teológica para los religiosos.

Ya desde 1970 algunos estudiantes religiosos venían recibiendo su formación en el Seminario Interdiocesano de Caracas, que por su anexión a la Universidad Pontificia Javeriana de Bogotá, ofrecía el primer grado académico en Teología. Fueron ellos los que sintieron la necesidad de tener un instituto propio para su formación y quienes pidieron a sus superiores la posibilidad de crearlo.

respectivamente. *La tolerancia, razones y sinrazones*, en *Moralia* 66-67 (1995), pp. 147-172. *La penitencia en los sínodos castellano-leonese. Del IV concilio de Letrán al concilio de Trento*, en *Moralia* 68 (1995), pp.361-388. *Perfil moral de San Alfonso*, en la revista *ITER* (1996), pp.35-57.

RAFAEL ENRIQUE SERRANO MORÁN, F.M.I.

El P. Rafael Enrique Serrano es venezolano nacido en Maracaibo el 6 de Junio de 1963. Cursó cuatro semestres de Medicina en la Universidad del Zulia, estudios que interrumpió para ingresar al Seminario Mayor Arquidiocesano “Santo Tomás de Aquino” de Maracaibo, donde concluyó el primer ciclo (el filosófico). En 1991 obtuvo el título de Licenciado en Filosofía, mención Educación, en la Universidad Católica “Cecilio Acosta” de Maracaibo. En ese momento ingresó a la Congregación de los Hijos de María Inmaculada. En 1995, ingresó al Instituto de Teología para Religiosos (ITER) en Caracas, donde obtuvo el Baccalaureatum en Teología por la Universidad Pontificia Salesiana de Roma (UPS). En 1999 obtuvo el Título de Licenciado en Teología Dogmática en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma.

Desde entonces se ha desempeñado como profesor de Teoría del Conocimiento, de Síntesis Filosófica, de Cristología, de Eclesiología, de Mariología, de Introducción a la Teología, de Introducción al Método Teológico y de Síntesis Teológica en las Secciones de Filosofía y de Teología del ITER, Facultad de Teología de la Universidad Católica “Andrés Bello” de Caracas (UCAB). Entre sus escritos, no publicados, figuran el trabajo de grado filosófico titulado *“Aportes de la filosofía existencial de Karl Jasper a la idea de Dios en nuestros días”*; y el de Cristología en la Gregoriana, titulado *“Los milagros de Jesús: semillas del Reino”*. Actualmente se desempeña como Director de Teología y Secretario General del mismo Instituto.

De esta reunión de superiores mayores surgió una comisión de tres provinciales que estudiarían la factibilidad de esta empresa: crear un Instituto de Teología para Religiosos. Los designados fueron los provinciales de los jesuitas, de los salesianos y de los eudistas. Ellos a su vez encomendaron la tarea a los padres Eduardo Ortiz, Pedro Trigo, Luciano Odorico, Pedro Drouin y Nicolás Bermúdez. Reunidos en la casa San Gabriel en repetidos intercambios diseñaron un proyecto.

Era posible que los estudiantes de las diversas congregaciones hicieran sus estudios en los institutos ya existentes de los Salesianos o de los Jesuitas.

1° Una opción de identidad fundamental fue el darle al nuevo instituto un **carácter interreligioso** bajo la dependencia de CONVER. Se invitaba a todos los religiosos a enviar a sus estudiantes a una escuela teológica regida y sostenida con la corresponsabilidad por todas las congregaciones. El ITER es desde entonces expresión viva de la **intercongregacionalidad**. Es este su primer rasgo de identidad.

2° La vida religiosa muy estimada en Venezuela, era vista como algo que venía del extranjero. Los candidatos venezolanos eran enviados para su formación a los centros de la respectiva comunidad fuera del país. El ITER se ofrece como un servicio al desarrollo y consolidación de los carismas.”**para que la vida religiosa acontezca en Venezuela**”

3° La Iglesia en Venezuela estaba siendo marcada por el impacto del Vaticano II y los documentos de II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Medellín. Se optó por **una formación teológica situada en la realidad de la Iglesia que vive en nuestro continente y en nuestro país y como respuesta pastoral a tal realidad**. El ITER quiso ofrecer una formación pastoral al servicio del acompañamiento de nuestras comunidades cristianas.

4° El ITER asumiría, para los religiosos de Venezuela la tarea que la Iglesia encomienda a los Institutos de **formación teológica y pastoral** bajo la dependencia de la Congregación para los Religiosos de Roma y con el apoyo de la Conferencia Episcopal Venezolana, la formación sacerdotal de sus candidatos.

Diseñado el esquema del proyecto, los encargados lo entregaron a los Superiores Mayores. Ellos dieron los pasos necesarios para recibir el apoyo de la Conferencia Episcopal y de la Congregación para los Religiosos con todas las incidencias que marcaron la primera etapa del nacimiento del ITER. En un primer momento se buscó la anexión a la Pontificia Universidad Gregoriana. Nicolás Bermúdez, asistente general de los eudistas en Roma, hizo estas primeras gestiones. Finalmente se estableció la relación académica con la Pontificia Universidad Salesiana de Roma.

El inicio fue modesto pero lleno de gozo y esperanza. Los primeros 10 alumnos fueron alojados por los padres Capuchinos en los sótanos de la Iglesia la Chiquinquirá. Los primeros directores y profesores juntos con los alumnos caminamos mirando hacia el futuro.

Hoy damos gracias a Dios repasando la estadística que nos dice cuántos profesores y alumnos han pasado por nuestras aulas, cuántos religiosos han culminado sus estudios, cuántos han recibido su ordenación sacerdotal.

Pero también es un momento oportuno para retomar lo que ha sido nuestra identidad para reavivarla y confrontarla con la realidad que vivimos.

1.- La intercongregacionalidad es la expresión de la conciencia de comunión que nos hace miembros de un mismo cuerpo que es Cristo y de una misma Iglesia, la Iglesia de Cristo, desde lo específico de nuestros carismas y obras.

No se trata de una mera estrategia funcional para darnos los servicios eficaces que cada comunidad no puede lograr por sí sola. Es un acto de comunión, fruto de la acción salvadora de Jesús, que nos convoca en torno a Él y nos une para que unidos seamos signo creíble del Evangelio de Cristo. “Padre que todos sean uno, como tú Padre y yo somos uno... para que el mundo crea”.

Es una comunión que se hace cada día en la renuncia a los proyectos personales que busquen hacernos más fuertes que el otro y nos lleven a una velada competencia, que nos aíslen de los demás, que nos contrapongan. La comunión es nuestra vocación en el seguimiento y adhesión a Cristo, es un llamado a la permanente conversión al único proyecto de Jesús, la construcción del Reino del Padre, es la expresión de nuestra obediencia a la voluntad de Jesús.

La fuerza de la intercongregacionalidad no se puede quedar solamente en el ITER como institución; ha de pasar a la solidaridad real entre las diversas obras de la misma congregación, a la solidaridad de todas las comunidades religiosas entre sí, signo de que realmente somos hermanos, a una viva solidaridad con toda la Iglesia de la que todos somos parte, religiosos, sacerdotes diocesanos, laicos. La comunión es el signo de la Iglesia de Cristo. La vida fraterna, en virtud de la cual las personas consagradas se esfuerzan por vivir en Cristo con “un solo corazón y una sola alma”, hace de todos una sola familia, fruto del Espíritu y don suyo a la Iglesia, signo de unidad para un mundo dividido por el pecado. “En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros” (Jn.13, 35)

“Esta perspectiva de comunión está estrechamente unida a la capacidad de la comunidad cristiana para acoger todos los dones del Espíritu. La unidad de la Iglesia no es uniformidad, sino integridad orgánica de las legítimas diversidades. Es la realidad de muchos miembros unidos en un solo cuerpo, el único Cuerpo de Cristo” (I Cor. 12,12) (Novo Millenio Ineunte 46)

Juan Pablo II nos invita a hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión. Es este el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder a las profundas esperanzas del mundo.

2.- Que la vida religiosa acontezca en la Iglesia que peregrina en Venezuela como signo de un organismo vivo, como dimensión propia de la Iglesia. Una comunidad cristiana viva, animada por la acción del Espíritu está llamada a darse los servicios que requiere para su crecimiento y el cumplimiento de su misión. Todos los dones y carismas están dados por el Espíritu para la construcción de la Iglesia.

Es un hecho que en la Iglesia en Venezuela el Espíritu ha suscitado diversos carismas y ha hecho presente hombres y mujeres consagrados para la vitalidad de las comunidades cristianas. Es deber nuestro hacer que con una actitud eclesial seamos instrumentos, actores de la promoción vocacional.

La Arquidiócesis de Caracas nos propone una prioridad: preocuparnos de que todos los bautizados tomen conciencia de que tienen una vocación en la Iglesia y que es deber de todos discernir esa vocación, fortalecerla y ponerla al servicio de la misión. Si toda vocación es don de Dios, “pidamos al dueño de la mies envíe operarios a su viña.”

“Es necesario y urge organizar una pastoral de las vocaciones amplia y capilar, que llegue a las parroquias, a los centros educativos y familias, suscitando una reflexión atenta sobre los valores esenciales de la vida, los cuales se resumen claramente en la respuesta que cada uno está invitado a dar a la llamada de Dios, especialmente cuando pide la total entrega de sí y de las propias fuerzas para la causa del reino.” (Novo Millenio Ineunte 46).

3.- Que la vida religiosa acontezca como don del espíritu en Venezuela para que también por su servicio el **Reino del Padre acontezca** entre nosotros.

El Acontecimiento de la vida religiosa en Venezuela va más allá del logro de un número de miembros de la propia comunidad y de la consolidación de las obras. Lo que todos buscamos es que acontezca el Reino de Dios entre nosotros. Es nuestra misión. De allí que el ITER reciba la misión de la **formación teológica y pastoral** de los futuros religiosos sacerdotes.

Grandes son los esfuerzos que a lo largo de estos 25 años se han hecho para ofrecer a los formandos una calidad de formación en el campo académico y pastoral. Y no se trata solamente del logro de un título académico válido a nivel del Estado y de la Iglesia; se trata de asumir todos juntos el ideal que Cristo nos propone cuando nos invita a su seguimiento. La calidad de vida sacerdotal y eclesial es la propuesta que acogemos como ideal y como práctica. Cada congregación en estos años ha visto en sus miembros los mejores frutos. Las nuevas generaciones de relevo así lo testimonian.

El ITER, siguiendo las directivas de la Iglesia, orientada su enseñanza para ofrecer un mejor conocimiento de la Palabra por medio de la cual Dios se nos revela y leerla en fidelidad a la tradición.

“Novo Millenio Ineunte” nos invita a asumir iniciativas concretas para traducir la doctrina en una espiritualidad eclesial donde beban la Vida quienes se forman para ser ministros de Cristo al servicio del Pueblo de Dios. Nos ofrece una espiritualidad eclesial de comunión.

“Espiritualidad de comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el ministerio de la Trinidad que habita en nosotros y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado, Espiritualidad en comunión significa, además, capacidad de

sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como uno que me pertenece, para hacer compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para atender sus necesidades, para ofrecer una verdadera y profunda amistad.

Espiritualidad de comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios, rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. Sin este camino de espiritualidad que sirva de marco vivo al estudio de la teología, de poco servirán los esfuerzos que hagamos por formarnos en el conocimiento de la Revelación y de la doctrina.”

Leo estas recomendaciones del Papa Juan Pablo II como una invitación a hacer teología, según la opción que hicimos desde el comienzo en el marco de la realidad en que vivimos, en comunión con el pueblo que queremos servir. Hacer teología para descubrir el proyecto de Dios en la Historia de la salvación que día a día vivimos. Una teología encarnada que desde el Evangelio ilumina el camino que el Reino de Dios se va haciendo en nuestra historia.

Al dar gracias al Señor por los dones con que nos ha enriquecido en estos 25 años reafirmamos nuestras opciones que dan rasgos propios al ITER, Institución al servicio de la Vida Religiosa en Venezuela, al servicio de la Iglesia.

En la Eucaristía pedimos al Señor la gracia de la fidelidad a Él como único Maestro y a su Iglesia, signo de la comunión con el Padre y con todos los hombres.